

XIIDP - ACTO DE COLOCACIÓN DE UNA PLACA RECUERDO

Santander, 17 de mayo de 2015

Colegio María Reina Inmaculada

Por Belinda Camarero



Buenos días a todas/os, me ha tocado a mí “democráticamente” representar a mis compañeras, antiguas alumnas del colegio María Reina Inmaculada.

Mi historia personal y la de mi familia será bien parecida a la de cada uno de vosotros/as.

Cuando falleció mi padre vivíamos en Barbastro y de la noche a la mañana tuvimos que abandonar la vivienda militar que habitábamos para venir a la sombra de mis abuelos al valle de Lamasón, a 90 Km. de esta ciudad de Santander. En el pueblo nos criamos felices y libres hasta que, una vez

cumplidos los 8 años, mis hermanos desaparecían como por arte de magia, primero los mayores Miguel y Poly, al año Pablo, a continuación Isabel y luego yo. Recuerdo que el día de la partida, me sustituyeron las zapatillas por unos rígidos zapatos que me encaminaron hasta aquí. Ese mismo día conocí un tren, una ciudad, el mar y a unas señoras con una estructura tiesa en la cabeza: las monjas.

Entrando a mano derecha del hall de entrada estaba el recibidor y en él me esperaba otra sorpresa: una caja grande y negra, con patas, que al levantar una tapa y presionar unas teclas “salía música”..., desde luego que era mágica porque cuando me di la vuelta mi madre se había esfumado como les había pasado, años atrás, a mis hermanos. Su destino era el inverso al que habíamos traído.



Después de un tiempo de llanto, totalmente desubicada, el duelo se iba pasando. En mi caso la figura materna la asumió mi hermana mayor y los ángeles que todas las pequeñas teníamos asignados: una mayor que nos vestía, peinaba, acompañaba, defendía, etc. (mención a Mercedes Coloré, Pilar Rodríguez, Ana María Buján, Milagros Alcalde...) y así poco a poco formé parte de una maravillosa familia con muchas hermanas mayores en una casa preciosa (nada que ver con el colegio actual).

Contribuíamos todos los días a tenerlo como la patena de limpio, pulíamos la madera del suelo con unos cepillos que nos colocábamos en los pies a modo de patines, también colaboramos en la extinción de plagas: Nos entregaban unos botes de conserva vacíos, y en el huerto teníamos que llenarlos de escarabajos recogidos en las plantas de las patatas. A bote lleno, recibíamos un caramelo de gratificación. Aquí aprendí el verdadero valor del trabajo retribuido y se despertó mi amor por la horticultura. Sin duda este taller estaba diseñado con un fin didáctico...

Yo estuve en el colegio dos años, porque se cerró para nosotras, teniendo que migrar a otros lugares como Oronoz, Pinto, Málaga etc.

Quiero hacer una mención especial, un homenaje, a nuestras madres, verdaderas protagonistas de nuestra historia. Ellas tuvieron que sufrir la pérdida de su marido, de su casa, de su estatus, el abandono de la ciudad en dónde vivían, perdieron el contacto con sus amistades y lo peor de todo, sufrieron la separación de sus hijos durante largas temporadas y, a veces, a mucha distancia.

Antes no existía el disfrute de los fines de semana, ni de los puentes ni, para algunas compañeras, las vacaciones de Semana Santa ni de Navidad, teniendo que permanecer en el colegio hasta 9 meses seguidos (de ello pueden dar fe las hermanas Buján que nos acompañan). Ahora, en la madurez de nuestras vidas, ya madres y abuelas nos damos cuenta del sacrificio enorme que

tuvieron que hacer (mención a la mamá de Lourdes que ha venido desde Carrión de los Condes con sus 91 años a disfrutar con nosotras de este día).



Queremos acordarnos de otros ángeles que nos han dejado y que, sin duda, ocuparán el sitio que les corresponde en el cielo, siempre os tendremos con nosotras. (M^a Teresa Moya)

Gracias a estas vivencias juntas, a las monjas de la congregación de las Hermanas Josefinas Trinitarias, al Patronato de Huérfanos del Ejército, nos hemos formado como personas y académicamente.

Gracias a todos ellos formamos parte de esta gran familia.

Gracias

